

seguir las mismas diatribas lanzadas sobre su cabeza por el monje. Así la respuesta nació descolorida, fría, inerte, falta de lo que mueve todas estas grandes batallas intelectuales, falta de pasión. Imprimióla Froben y publicóse en la feria de Francfort. El efecto, que produjo, fué desastroso para Erasmo. Todo el mundo le criticaba con acerbidad y amargura. El dulce Melancton se hizo de hieles contra Erasmo; el implacable Lutero comparó el libro al silbido de una víbora. La verdad es que pagó bien cara su indiferencia. En la exacerbación de los ánimos y en el choque de las inteligencias no había más remedio que tomar parte ó por el Catolicismo ó por la Reforma. No quiso; y recibiendo las heridas que le abrían unos y otros contendientes, se fué sin corona de laurel á la tumba. El monje, tan inferior á él por la ciencia, le era muy superior por el ánimo; y defendiendo un error como el siervo arbitrario, alcanzó una victoria debida más á su corazón que á su inteligencia. Yo he visto la tumba de Erasmo y la tumba de Lutero. No están muy lejos una de otra. Todavía me parece ver desde aquí la roja catedral donde se verificó el Concilio de Basilea, las azules aguas del Rin que corre sereno entre viñedos tras los cuales brillan allá en lontananza plateados campanarios; la cordillera del Jura que cuando la traspone el sol en alguna tarde alegre, rara verdaderamente por aquellos climas, resplandece como cristal veneciano ó como celeste lapislázuli; teatro de la vida de Erasmo, sabio, escritor, filólogo, humanista de quien solo se acuerda algún historiador ó algún literato; mientras en torno de la tumba de Lutero se agolpan innumerables peregrinaciones compuestas de gentes de diverso origen: diferencia por una sencilla consideración explicable, porque Erasmo solo sabía escribir, y Lutero además de escribir, sabía amar y aborrecer.

CAPÍTULO III

EL PAPA CLEMENTE VII Y EL EMPERADOR CÁRLOS V

Al morir Adriano VI bien puede decirse que moría un pensamiento, á saber, la última tentativa de conciliación estrecha entre lo que había de moral en la Reforma y lo que había de dogmático en el Catolicismo. Leon X se burlaba de las disputas frívolas promovidas por el orador de Witemberg, y no comprendía el interés que despertaban vivamente en el ánimo de los principales potentados de Alemania. Adriano VI, flamenco de origen y prelado por vocación, alcanzaba todo cuanto contenía de nefasto para la Sede apostólica el ruidoso movimiento de las ideas teológicas en la removida Germania. Dos propósitos tuvo, desde el momento mismo de su ascension al Pontificado: conseguir de los poderes temporales el auxilio de su fuerza para vencer materialmente á la Reforma y conseguir de la Iglesia la mejora de sus ideas y de sus costumbres para vencer á la Reforma moralmente. Por lo respectivo á la fuerza material, Adriano consiguió el rescripto de Burgos, que decretaba severas penas contra los luteranos, y la liga de Ratisbona que reunía en una especie de haz á los príncipes católicos. Mas á esto se redujeron todas las victorias de su política. En lo respectivo á la corrección de las ideas y de las costumbres, nada pudo conseguir absolutamente. La Ciudad Eterna, enamorada de sus artistas que le parecían como dioses, poseída del empeño de un renacimiento literario, extática ante los altares antiguos consagrados á los dioses paganos, orgullosa de sus ruinas, huía los templos del Dios vivo y odiaba la persona del Pontífice bárbaro, por impedimento á la obra capital de

aquel fecundísimo período. El austero maestro de Cárlos V no podía vivir, dadas sus ideas evangélicas y sus costumbres puras, en el seno de una Roma completamente paganizada, y que escudándose tras este Paganismo, resistía toda concesion hecha en el dogma ó en la moral á las pretensiones del Protestantismo. De otro lado, los príncipes protestantes, que en la Dieta de Nuremberg oyeran las declaraciones del Nuncio, tan favorables á sus doctrinas y á su historia, quisieron un éxito proviniente de soberbia victoria y no de humilde conciliacion. El malogro de todas sus esperanzas, la frustracion de todos sus proyectos, la pérdida de su Pontificado, concluyeron con el pobre Adriano VI; y al concluir con el pobre Adriano VI, concluyeron tambien del mismo golpe con todas las concesiones que el Catolicismo podia ofrecer á la revolucion religiosa. Tres hombres de transaccion mueren casi al mismo tiempo, y sus respectivas muertes influyen soberanamente en los sucesos. Muere Adriano VI en Italia, Erasmo de Rotterdam en Suiza, el elector Federico en Sajonia. El Papa comprendia que no bastaba con resistir, si no se comenzaba por conceder; Erasmo comprendia que el Catolicismo, para salvarse, necesitaba depurar una parte considerable de su dogma y mejorar otra parte considerable de su disciplina; el elector Federico comprendia la necesidad de que el Protestantismo naciente no se apartase y no se dividiese con gran violencia del seno de la antigua Iglesia; Erasmo representaba la transaccion científica; Federico representaba la transaccion histórica; Adriano representaba la transaccion moral; y los tres querian que no se perdiese el mundo moderno en los horrores de una guerra sin término y sin tregua. Pero ¡ah! cuando las batallas se recrudecen cual se recrudecieron entonces; cuando las pasiones se agitan como entonces se agitaron; cuando las ideas se dividen casi en legiones, las cuales entre sí batallan con verdadera furia; estos temperamentos blandos, estos genios pacíficos, estas inteligencias de transaccion aparecen por desgracia como traidoras á todas las causas y como enemigas de todas las enseñas. El mundo estaba por la guerra, y la guerra venia inevitablemente, y á mas andar, sobre todos, sin que ningun poder humano se sintiese en tan suprema agonía con fuerzas bastantes á impedir su inexorable fatalidad.

El estado de Europa no podia ser mas crítico. Ensangrentaban su centro las discordias entre Francisco I y Cárlos V; hundíanse en su Occidente las

antiguas libertades castellanas que habian completado la reconquista y escrito el «Romancero;» sacaban en su Norte las espadas, el Rey de Inglaterra y los príncipes protestantes; pirateaban en el Mediodía las escuadras asoladoras de Barbaroja; y por el Oriente Soliman, digno heredero de las antiguas glorias turcas, é ilustre continuador de los Sultanes, á la cabeza de uno de esos ejércitos que consuman las grandes irrupciones y las grandes conquistas, pasaba el Danubio, caia sobre los reinos de sus orillas, amenazaba horriblemente á Viena, destruía la corona húngara en la frente de un Rey mártir, corria sobre el Imperio de Alemania á la manera que sus predecesores corrieron sobre el Imperio de Grecia, y los últimos representantes de los cruzados tenian que abandonar, vencidos y rotos, la isla de Rodas como si el Mediterráneo estuviera próximo á convertirse para mal de todos en lago de los serrallos de Constantinopla, sin otros astros en sus esplendorosos cielos que la Media Luna de los feroces Osmanlies.

Necesitábase en este momento supremo un Papa jóven, ardiente, resuelto, no político cual Alejandro VI, no guerrero cual Julio II, no artista cual Leon X, no sombrío y extranjero como el Papa último, sino capaz de comprender el Renacimiento y la Reforma, de aliar la Alemania y la Italia, de unir el espíritu de los antiguos con el espíritu de los modernos tiempos, destruyendo por su autoridad moral y religiosa las rivalidades de Francisco I y Cárlos V que en tan alto grado favorecian á la revolucion; congregando un concilio ecuménico capaz de reanudar las tradiciones democráticas interrumpidas en los concilios de Basilea y de Constanza; consiguiendo una cruzada, la cual pudiera detener la marcha de los ejércitos turcos y salvar aun la unidad espiritual de nuestro dividido y desgarrado continente. Para conseguir este fin habia menester el mundo católico de un Papa, que estuviera penetrado de la alteza de su ministerio y decidido á sobreponer los dogmas de la religion á todos los intereses de la política; un Papa con ideas distintas de las ideas de Gregorio VII, pero con iguales impulsos de actividad y de energía, que conciliase la emancipacion de la conciencia con el culto á la antigua autoridad y trajese todo lo que habia de saludable en la revolucion religiosa sin perjuicio ni desdoro de las antiguas y seculares tradiciones. Era esto tanto mas necesario cuanto que las rivalidades de Francisco I y Cárlos V, agravadas

por la maquiavélica intervencion de Enrique VIII, llegaban hasta el centro mismo de la autoridad eclesiástica; y dividian en bandas irreconciliablemente enemigas los Sacros Colegios y los pontificios Conclaves. Y en circunstancias tan extraordinarias, cuando todo aconsejaba un Pontífice de ánimo elevadísimo y de ideal muy puro, aparece en el trono de San Pedro la última degeneracion de los Médicis, un bastardo de esta ilustre casa, destinado en los inescrutables designios de la Providencia, y para eterna infamia de su nombre, á matar la República florentina, es decir, la nueva inmortal Atenas, en cuyos senos renació la Atenas antigua, nido de los artistas, trípode de las ideas, ejemplo de las libertades republicanas, sustituida y reemplazada, merced al Papa que iba resueltamente á nombrar el nuevo Conclave, por una familia ya sin prestigio, que dió á Toscana su dinastía de príncipes oscuros apenas interrumpida por un Leopoldo y á Europa figuras de decadencia como María ó furias sangrientas como Catalina de Médicis. Bastardo de esta casa el Papa próximo á suceder al pobre Adriano en la silla pontificia, debía seguir una política tambien bastarda, la política de asegurar la corona de la nueva monarquía, salida de la antigua República como sale la putrefaccion del cadáver, la política, íbamos diciendo, de asegurar la corona de la nueva monarquía y vincularla en su propia familia, olvidada por completo de las tradiciones de la libertad y resuelta decididamente á establecer una híbrida y bastarda tiranía. Miguel Angel puso en el Panteon de los últimos Médicis, que representaron la República, tendida en casta desnudez sobre un sarcófago, vigorosísima figura de mujer dormida, con un mochuelo al lado, y á la cual llamó con su sábia inspiracion de artista la Noche. Y en efecto, al apagarse aquella República semi-griega, tambien se apagó la inspiracion artística, la ciencia independiente, la democracia liberal, el derecho histórico, no quedando mas que la prolongada decadencia representada en escultura por el Bernino, en pintura por la escuela bolonesa, en arquitectura por los aparatosos imitadores de Versalles, en política por los tristes ministros que van á engrandecer las demás naciones á costa de Italia, en religion por el jesuitismo. Pero no adelantemos los sucesos y vamos á historiar la eleccion de Clemente VII, sucesor de Adriano VI.

El Conclave de Roma parecia como un compendio de la política de Eu-

ropa. Dos potentados combatian á muerte allá en los campos de batalla, y dos partidos combatian á muerte aquí en las salas del Vaticano. La rivalidad de Francisco I y Cárlos V lanzaba ejércitos sobre las llanuras de Lombardía y lanzaba cardenales en abierta guerra sobre las cimas de Roma. Y para que se asemejase de todo en todo el cielo de la religion al mundo de la política, un tercero en discordia brillaba entre los dos partidos rivales, el conocido cardenal de York, el célebre Wolsey, quien representaba en las incidencias de la eleccion pontificia el mismo papel representado por su amo y señor en las incidencias de la política europea. Indudablemente si todos los cardenales ambicionaban la tiara que aun disponia de la conciencia universal y la corona que aun disponia de la nacion italiana, entre todos ellos, ninguno con voluntad tan firme y con tan certero propósito como el cardenal de Médicis, dueño por la tradicion de su nombre y por la herencia de una supremacía mil veces contestada y nunca destruida, de aquel centro de la península itálica, en el cual iban á decidirse, no solamente los destinos de la hermosa nacion, sino tambien los destinos del mundo moderno. Historiemos, pues, un Conclave tan decisivo en el futuro desarrollo de la revolucion religiosa.

Calientes aun los restos de Adriano, reuniéronse treinta y cinco cardenales, á cuyo número se agregaron mas tarde cuatro, contando así la Asamblea sagrada treinta y nueve príncipes de la Iglesia católica. Cual si en el lapso de tiempo ocupado por la vida de Adriano VI en Roma, nada hubiera sucedido, surgen las mismas candidaturas, las mismas rivalidades, las mismas pasiones, los mismos intereses, las mismas emboscadas y las mismas resistencias absolutamente que en el Conclave anterior. Cárlos V y Francisco I combaten á muerte; los jóvenes y los viejos del Sacro Colegio toman unos contra otros posiciones hostiles; aparecen los Colonnas como imperiales, porque los Orsinos han aparecido antes como franceses, y los Orsinos como franceses porque los Colonnas les han ganado por la mano para entrar en el partido imperial; intriga y ofrece y cohecha Wolsey en nombre de Enrique VIII, é incitado, aunque no sostenido, por la doblez política del Emperador; y tras de todos aparece con idea fija, con plan preconcebido, con propósito deliberado, con una política de propio y personal engrandecimiento el jefe último de la familia de los Médicis, para quien Adriano habia representado siempre